

La Pascua familiar

**Colaboración de
Habey Hechavarría Prado
Comunidad Pasionistas
de la Vibora**

La Navidad se asocia a una reunión familiar. En torno al nacimiento del Niño Dios, la inminente llegada de Jesucristo, que ocurre constantemente, empuja por esas fechas, a quienes no disfrutaban de la cercanía de su familia, a vivir junto a otras familias el ambiente amoroso y festivo de fines de diciembre. Aunque un poco descristianizadas pocos desconocen, al menos, La Misa del Gallo, la cena de Nochebuena, y la fiesta de la Epifanía o de Reyes Magos, con la correspondiente tormenta de los juguetes que armamos padres e hijos. Nótese la ausencia de la Misa de Navidad propiamente. Pero, ¿y la Semana Santa? ¿Moviliza igualmente a las personas, este otro tiempo fuerte del año litúrgico, para que compartan la alegría de la presencia de Dios en el corazón de esa fundamental y fundacional agrupación humana? Debería. ¿Y es también la Pascua de Resurrección una fiesta religiosa para vivir

el calor de la familia? Lo es por la esencia de su condición. Como sabemos, el amor sin medida de Dios por la humanidad, que se reveló también con la vida de Cristo se consuma en la experiencia de la Pasión desde la cruz y con el vencimiento de la muerte después de aquellos tres días en el sepulcro. Es un momento para recordar declaraciones o acciones anteriores de Jesús: la destrucción del Templo y su reconstrucción en tres días y la pérdida en igual número de días del Niño en el Templo hasta que es reencontrado allí mismo por sus padres, San José y la Santísima Virgen, mientras impresionaba a los sabios con sus inexplicables conocimientos. La vuelta a la vida que ofreció, como una segunda oportunidad, a la hija de Jairo o a su amigo Lázaro, tan venerado (en su “versión criolla”) por el pueblo cubano. Estos sucesos gloriosos refieren al primer misterio

entre los Misterios Gloriosos que contemplamos en el Santo Rosario: la resurrección del Señor. Son manifestaciones de los pilares de nuestra fe, y ejemplos de las andanzas cotidianas del cristiano. Pero esa fe pascual, razón absoluta de nuestra alegría y de nuestra identidad, no siempre la hacemos vivencia diaria en la familia ni la compartimos con otra, y menos la llevamos a lo largo de todo el año como un anhelo, como una esperanza. Si la Navidad guarda la certeza en que el Nacimiento del Niño Jesús inaugura la natividad eterna de nuestra alma, la Resurrección de Cristo, Hijo de Dios, constituye un canal de privilegio al crecimiento interior en el Amor como un triunfo sobre el miedo, la frustración y el pensamiento que a veces embargan a los seres humanos. Pero, tras el padecimiento del Vía Crucis, ¡es tan hermosa la experiencia de la Pascua! Toda vitalidad, todo entusiasmo, toda alegría, podemos recogernos

en el asombro y el gozo de los Apóstoles y de los primeros discípulos, de sus familias, ante la noticia de la Resurrección del Maestro, que ha cumplido otra de sus promesas.

Imaginémonos, entonces, la alegría de Pentecostés.

Esa experiencia nos obliga a mirar los ritos de toda la Semana Santa. Tomando como referencia el Jueves Santo (la vivencia de la Última Cena, con el lavatorio de los pies), el Viernes Santo (la adoración eucarística y la muerte de Jesús), la espera y la Vigilia del Sábado Santo (con sus plegarias de antiquísima y actualísima unción, y el siempre bello signo del encendido de las velas), más el colofón espléndido de Fiesta misma de la Pascua, encontramos ritos que rebozan en eficacia sacramental mucho más si los vivimos en familia.

Porque en esa relación entre personas unidas por la sangre, la fe y la oración, se empapan de alegría y la esperanza (sobre la que nos ha hablado en su última encíclica el Santo Padre Benedicto XVI) de la dignidad sobrenatural de la práctica cristiana

y de la Iglesia.

Aprender de los mayores, enseñar a los pequeños, compartir entre todos la tradición, la sempiterna novedad de la liturgia, puede ayudar a que no se quede atrapada dicha vivencia en los márgenes de un mero evento intraeclesial, como si fuera algo propio de los muros del templo hacia dentro.

Una vez terminada la Santa Misa, compartida con la familia natural y la gran familia de los hermanos de la fe, una vez adorado el Santísimo Cuerpo de Jesús Eucaristía, junto a tantas personas queridas, adquiere una especial transcendencia el acto de salir a nuestros barrios, a nuestras calles, al transporte urbano, a nuestros trabajos, regresar a la existencia cotidiana, debería convertirse en otra experiencia de cercanía con el Señor.

Debería inducirnos una manera espontánea de transmitir lo que llevamos por dentro a muchas personas que, tal vez sin saberlo, necesitan de ese mensaje, una multitud de individuos que de esa manera, a lo mejor, lleguen a tener una cercana manifestación del paso de Dios entre nosotros.

La evangelización familiar puede adoptar, en tal sentido, la forma de una sana relación fraterna.

Puede ser catequista o no, pudiéramos utilizar palabras o gestos, o sólo una actitud de aceptación, misericordia, amor incondicionado que empieza por la relación de los miembros de la familia cristiana, erigida en **portavoz** constante del Evangelio.

Pues el cristianismo, lo sabemos bien, convoca al diálogo y a la comunicación, moviliza el sentido común, el abrazo fraterno, el servicio, la promulgación de valores y virtudes, desde un comportamiento consecuentemente amoroso hacia el prójimo con independencia del credo religioso, la ideología o la afiliación que éste ostente.

Una evangelización siempre pascual comunica la felicidad mayor, la confianza en la presencia constante del Dios entre nosotros que debe hacerse carne, ojos, piernas, brazos, palabra, manos y corazón de todas las gentes de buena voluntad, aún en medio de la dificultad o la zozobra.

¡Qué manera tan
humana y tan divina nos
propone el Salvador
para que le ayudemos a
hacerse presente en el
alma del pueblo y en el
corazón de cada uno de
sus integrantes, y en
general de sus familias!
Y, claro, por el camino
hemos encontrado el
sufrimiento, el dolor
físico y moral, las
caídas, nuestros pecados
y la muerte.

Pero al respecto, nadie
tiene que explicarle
demasiado a nadie.
Sólo señalarlo como un
memorial.

Sin embargo, aspectos
tan crudos nada
significan al lado
de la dicha, ante la
sanación, el perdón, la
salvación, las
bendiciones, la
resurrección de las
almas, la promesa de la
vida eterna, sin olvidar,
por supuesto, la mutua
felicitación por la
Pascua que, sin dudas,
conmueve, anima
fortalece, ennoblece.